

Literatura contemporánea.

Evocaciones santanderinas.

Las Atarazanas.

Nada en la calle actual, de urbe moderna,
nos puede recordar el cuadro viejo;
hoy vemos un bazar o una taberna,
donde antes se veía
el esbelto aparejo
de un bergantín que entró con avería.
Donde están los mercados
—nada allí ya el pasado testimonia—
antes hubo amarrados
los buques que formaron la Invencible
con Medinasidonia.....
los que hundi6, no el inglés, el mar terrible.
Se cruzan mil vehículos,
que parecen ridículos
por lo que desentonan
con el pasado que evocando estamos;
veinte voces pregonan
callejeros anuncios y reclamos.
Arrastran sus zapatos por el lodo
las gentes ciudadanas,
vistiendo americanas
o abrigos de trabilla;
¡y qué mal rima todo
con el solar de tus Atarazanas,
oh, puerto de Castilla!
Entornando los ojos distinguimos

las viejas gentes que en estampa vimos
y los ricos y enormes almacenes;
 allí vemos a quienes
condujeron las naves españolas
a los mares de América remotos;
¡allí están con sus calzas y sus golas
de Colón y de Elcano los pilotos!
Allí un bravo grumete de Santoña
de un áncora arrancando está la roña
 con sus brazos nervudos;
allí un maestre de la Rúa Chica
en su escarcela suena los escudos
 que ganó en Costa Rica,
y ante un grupo de hidalgos que le envuelve,
 en tosca fabla explica
algún descubrimiento de que vuelve.
 Nobles y miserables,
a todo el pueblo vemos reunido,
 y escuchamos el ruido
 de cadenas y cables.
 Se habla del armamento
que manda el Rey hacer contra Inglaterra,
 del acontecimiento
más reciente y sonado de la guerra.
 De los aprestos grandes
para el recibimiento de los buques
que a Santander conducen desde Flandes
a los altos y nobles archiduques.
Se oye entre tantas y confusas voces
el nombre de Menéndez de Avilés,
de quien don Lope de Hoces
lances cuenta de trágico interés;
 y casi a nuestro lado,
vemos cómo su prócer busto erige
 un hidalgo engolado,
aquel que por el Rey manda y legisla,
quien todo sabiamente lo dirige,
 el buen don Juan de Isla.....

El mar lame los muros de las fraguas
que se alzan en sus márgenes sin miedo,
y se extienden las aguas
hasta la misma vega de Becedo.

Allí, pétreo y arisco,
como apoyado en la muralla opaca,
el convento feudal de San Francisco
la mole de su fábrica destaca.

Y con esta visión encariñados
porque la realidad no la destruya,
los párpados tenemos entornados
con religiosa unción.

¡Que el cuadro pintoresco nunca huya
ni de los ojos ni del corazón!

¡Que vuele en libertad la fantasía!....

¡Que nos engañe el timbre del tranvía
que rueda entre los baches y los charcos,
dándonos la ilusión de las campanas
que hace siglos sonaban en tus barcos,

Viejas Atarazanas!

JOSÉ DEL RÍO SÁINZ.
